RELATOS PARA NO MORIR

RELATOS PARA NO MORIR



José Antonio García-Albi Gil de Biedma



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Julio de 2026

Depósito legal: SE 2377-2026

ISBN: 979-13-7060-334-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: José Antonio García-Albi Gil de Biedma
Fotografía de portada: Amador Marugán
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

«Yo soy un poeta fracasado. Puede que todos los novelistas quieran escribir poesía primero y, al ver que no pueden, intenten escribir relatos cortos, que es el género más exigente después de la poesía».

William Faulkner

PRÓLOGO

Lo que perdura. Espacio, tiempo e identidad en los relatos de José Antonio García - Albi.

Quizá sean los relatos cortos la forma de la prosa más compleja. Al menos, para quienes nos hemos adentrado en el género de forma esporádica y hemos comprobado, para dolor propio y vergüenza ajena, que el lenguaje no nos ha dotado para la narración. Y quizá la literatura tenga un origen bastante prosaico o, al menos, humilde. En algún momento del despertar de una lengua, su propia esencia permitió un mundo paralelo en nuestra mente, uno comunicable y perdurable que trascendiera a generaciones merced a su raíz simbólica. Y en el momento en que ese mundo pudo prescindir del otro, del real, del referencial, la ficción sólo era un hecho consecuente. Borges ya habló de los orígenes del cuento y de su perdurabilidad. Así que poco más hemos de decir. Sí debería pensar, por otro lado, que todos estamos dotados para ella, que, por el mero hecho de participar de una lengua común, podemos ser Cervantes o Borges. Lejos de ello, el lenguaje también nos elige para según qué. Ya hubo un Virgilio y un Homero y un Petrarca y lo que haya venido o venga después, será siempre otra cosa. Sin embargo, hemos de apreciar ese don en quien lo tiene, en quien puede narrar la vida a los otros envuelta en lo que cada cual piensa que es la vida. Lo que van a leer, los afortunados que tengan este libro entre las manos, es el resultado de un trabajo de instantes igualmente afortunados. Porque quien escribe relatos, como quien retrata el mundo con una cámara, posee la virtud de reconocer en las

referencias del lenguaje una realidad que, por el hecho de tener una vida lingüística, parece escapar a los ojos.

José Antonio García - Albi se plantea la escritura como una labor nacida de la vida, en sus facetas más crueles, quizá, pero también como una herramienta de transformación, lo que viene a demostrar que la literatura se encuentra en lo más íntimo de nuestra condición humana, al igual que el propio lenguaje. Y que tiene el mismo poder transformador que ese mundo que pasa, también, desapercibido al ser nombrado. Los grandes textos de la humanidad, como los relatos bíblicos, mantienen una voz permanente prendida al mundo, revelándose de manera constante e imperecedera. Así que volvemos a aquello de la dificultad para la ficción: narrar requiere de una cierta percepción, no sólo del mundo, sino de las cadenas simbólicas que lo unen al lenguaje, de ese peculiar hermanamiento que nos hace saltar de uno a otro.

Los relatos de José Antonio García-Albi vienen de un profundo conocimiento de la lengua, de saber de esa extraña relación que tienen las cosas entre sí cuando son nombradas. Sus relatos proceden de la evocación, a menudo, incluso, de un recuerdo que evita la nostalgia. Pero resultan sorprendentemente actualizados, como si el tiempo se hubiese fosilizado y se hubiese atraído al presente. El conocimiento de eso que llamaba Bajtín "el cronotopo" resulta esencial en estos relatos: espacio y tiempo como signos que hacen posible la narración y que la manejan en la medida en que los personajes o la propia trama evolucionan en ellos sin posibilidad de escape. Así, el recurso a los espacios conocidos, a una realidad reconocible deja un poso de verosimilitud que nos pregunta por ese mundo pasado en el que, de alguna manera, aún vivimos. Así ocurre en "Una noche en el Foro", recuerdo de los años ochenta escondido entre los opuestos del horror terrorista y los mitológicos bares madrileños, entre los que el protagonista aparece, no como el héroe narrativo, sino como un comparsa

que se mueve al vaivén de los acontecimientos, pero también del tiempo y de los lugares. Lo mismo le ocurre al "Gato en la ventana", que introduce un relato de miseria humana como un espectador sin juicio, que únicamente reduce su actitud a la mirada pasiva. La vida va ocurriendo alrededor y, de cuando en cuando, nos convierte en protagonistas involuntarios de sus historias, a menudo sin querer, sin que los acontecimientos nos llamen por nuestro nombre. Es el caso del héroe de *Road movie*, testigo de los sucesos de un bar de carretera, tocado por la mala suerte que, incluso en este caso, también pasa de lado, sólo durante unas horas. Los lugares se vuelven esenciales y los instantes también. Como si se tratase de una grieta en la intensa realidad del relato, tenemos la sensación de que no podemos fiarnos del signo bajtiniano, del espacio-tiempo, porque se revuelve contra sí mismo y termina por provocar la trama o sus giros. Así le ocurre al niño de *Exposición de un día en varios cuadros*, presente en el relato como un "espectador expectante" que, a su vez, busca una cierta inacción en su pequeño mundo. O con Jaime, de *Y nos perdemos por ahí*, que imagina viajes de amor desde su silla de ruedas, sometido a un tiempo y un espacio que no le son propicios; la historia de Angelien y Klaas se somete al reducido espacio de un barco y a un tiempo que ocupa toda una vida… y una muerte. O la renuncia a la propia vida que se abre en relatos como *Querida Colette*, historia que, sorprendentemente, avanza a lo largo del libro en esa misma línea a partir de dos relatos diferentes, enmarcados por un lugar del que al protagonista le parece imposible salir (un tanto a la manera del "Ángel exterminador" de Buñuel) y una vida que parte los dos relatos. Es la sensación de que la vida pasa en un escenario teatral, en una obra en que los protagonistas se mueven como cosidos por hilos que alguien mueve sin que el autor entre a juzgar. La ausencia de ese juicio convierte a cada historia en una suerte de disección histórica de cuya emoción da fe el propio relato, los propios sucesos, más que la intervención de un narra-

dor que, siendo omnisciente, parece ajeno. Quizá el relato más revelador a este respecto sea *Matías*. Descubrimos que no es ese paso del tiempo, pues, el eje vertebrador de estos relatos, sino su ausencia, una temporalidad que parece enclavada y que somete la vida a una especie de estampa decimonónica, de texto azoriniano. Lo leemos en fragmentos como este:

> En esas circunstancias, con ese tipo de vida, especialmente desde que se marcharon los hijos, no era el paso del tiempo lo que le fue haciendo mella en su ánimo. Era la falta del paso del mismo lo que como un arado, y al contrario de lo que se suele describir en literatura, abría grietas en su espíritu.

Me ha parecido especialmente intenso el relato *El hombre de las flores muertas*, un texto en el que la relación con el mundo (a través de las plantas de la propia casa) se vuelve tan cercana que termina por recluir al personaje en sí mismo. La paradoja, que tiene ciertos tintes kafkianos, es sin embargo enternecedora: la familia, las plantas, los jardines… todo se vuelve metonímico hasta el punto de tornarse un reflejo del personaje que parece ir muriendo en su propio ambiente, en un lugar que ejerce en la historia su propia presión.

La relación con la naturaleza ahonda en esta misma sensación de ensimismamiento. En *Paseos de emoción*, el busilis, el quid de la obra no es tanto el pequeño milagro que se produce como la duda sobre si ha de ser contado o no. La interioridad se vuelve aquí una caución, una necesidad que retrae al personaje a una situación similar a la del relato anterior. La intimidad, el retiro, siguen siendo la esencia de estos cuentos; da lo mismo el origen, la razón. Siempre se termina incidiendo en un espacio de aislamiento ante el mundo que quiebra su propia esencia de comunicación.

La conclusión se mueve entre los relatos de aventuras juveniles de los años 70 y 80 y el resto de relatos del libro. Todo parece aco-

modarse a esa idea central de *Relatos para no morir*, que encuentra en la identidad del personaje un camino para la salvación. Incluso en los momentos más difíciles, parece hallarse un instante que levanta al protagonista desde sus momentos más oscuros hasta un instante que no busca una salvación moral o social, sino un sencillo acercamiento a lo cotidiano como redención. Hay algo en *Relatos para no morir* que refiere la geografía sentimental del autor, la experiencia de los "loci" como etopeya de los personajes, como descripción de una identidad que no termina de soltarse de un tiempo y un lugar.

Repasen con detenimiento cada uno de estos relatos. No hay uno sólo que no merezca una relectura tranquila. En la aparente facilidad y entretenimiento de su lectura, en el potente realismo de las historias se esconde un reducto de una idea literaria que pertenece a nuestro tiempo: una pervivencia del autor en sus textos en una autoficción hecha de retales, donde los lugares y los momentos están llamando a una geografía íntima que describe a la vez a los personajes y al propio autor. Todo un ejercicio que, como decíamos al principio, detienen el espacio-tiempo en una instantánea que sólo la palabra puede llevar a la literatura.

Fernando Romera

1 -
INTRODUCCIÓN A MODO DE EXPLICACIÓN

Me encontraba en un escenario vital en el que era imposible incorporar más problemas graves al patrimonio que de los mismos ya tenía. Una pésima realidad económica consecuencia de un percance empresarial provocado por la pandemia. Una situación familiar nada halagüeña que me condena a la soledad tras el abandono por parte de mis tres hijos, que nunca perdonaron mi relación con Jacinto, incluso una vez concluida esta hace ya más de dos años. Y para terminar añadiré que mi salud es un río de incertidumbres. Sufro una seria lesión de espalda que me provoca fuertes dolores y falta de movilidad y cuya evolución tan solo puede ser negativa hasta la paralización de las piernas. Vamos, que no existía motivo alguno para el optimismo o la alegría en un triste proceso que culminó con la venta de mi adorada y preciosa casa, pasando a residir en una más que pequeña y haciendo algo que no había hecho en toda mi vida: vivir en una casa fea.

Lo que había ocurrido era como si me hubieran cortado la cabeza y esta siguiera hablando y explicando cosas, ya que era de lo poco de mí que seguía funcionando sin problemas.

Tengo mi casa situada en un pequeño pueblo segoviano de habitantes envejecidos, en el que el invierno mayormente es largo, monótono, de días neblinosos y noches de hielo en los cristales. El silencio lo rompe la bocina del panadero y la campana mar-

cando las horas. Meditaba yo a lo largo de noches inútiles que no servían ni para dormir y, al cabo, y tal vez animado por la sequedad que provoca pasar las Navidades con la única compañía de Minimorum, mi gato, una mañana uno piensa que no tiene ganas de levantarse. Pero no solo el día en cuestión, tampoco el siguiente, ni el siguiente del siguiente. ¿Para qué? ¿Existe algún motivo? ¿Algún propósito?

Tras un buen rato de lucha titánica decidí ponerme en pie y arrastrar las zapatillas para comenzar mis escasas actividades domésticas. Mientras tanto pensé que si me dejaba llevar por la tentación y no luchaba contra mí mismo, me dirigiría a un terrible círculo depresivo, a un proceso letal que, sin duda, acabaría terminando conmigo. Si comenzaba a perder aquello que de mí seguía funcionando correctamente, la cabeza, sería el fin.

Meses antes, cuando aquellas noches inútiles no habían hecho aún tanta mella en mi moral y estado de ánimo, llegué a pensar que mi problema de salud podía favorecer la opción de escribir un libro, una novela tal vez. Un deseo que estaría favorecido por la imposibilidad de hacer otras cosas como trabajar o viajar. Porque aunque las fuerzas de las piernas te abandonen, eso no te impide teclear, ni rellenar las horas vacías de los días huecos con una empresa creativa y personal; sin duda algo motivador.

Unos meses después de aquello, y en este nuevo escenario, pensaba que debía encontrar algo, alguna herramienta manejable, que me sirviese de ayuda para luchar contra mí mismo. No era posible, pensaba, que al cúmulo de circunstancias adversas de todo tipo tenga que añadir mi incapacidad para lograr esa empresa necesaria para sobrevivir. Dado mi agarrotamiento psicológico solo podía transitar por aquellos caminos de la humildad, la flexibilidad y la imaginación para la resistencia.

De este modo pensé que si mi problema era el de abordar el día de cada día, tenía que fijarme en motivos y objetivos diarios, no anuales. No pienses, me dije, en las ganas de pasar un lustro, sino en las ganas de superar un día. Sube escalones de altura adecuada.

De esa forma el reto literario de una obra unitaria, del proceso de tejer poco a poco un manto grande, lo sustituí por la dificultad y laboriosa capacidad imaginativa de crear múltiples y diversas historias, diferentes una de otra, pero que se generasen en un lapso de tiempo manejable para mí; los cuentos. Había comenzado el nacimiento del libro «Relatos para no morir». De modo que iba a tener que solucionar a diario problemas creativos de corto plazo. Puedo decir que aquellas noches que no eran útiles ni para el sueño comenzaron a serlo para dilucidar el desenlace de una historia, para reparar en la necesidad de incorporar un personaje adicional, o la inclusión de un recurso humorístico. Decidí que me tenía que involucrar, con fuerza y pasión en la realización de esa obra. Si William Faulkner tuviera razón cuando dijo que «escribir relatos cortos es el género más exigente después de la poesía» me iba a tener que volcar de manera intensa y plena en el objetivo literario. Porque, al fin y al cabo, decir muchas cosas importantes y emotivas en cuatro o cinco folios eso es el relato corto; decir mucho en pocas páginas es difícil y valorable. De modo que cada creación se convertía en una apasionante compañía diaria y mi vida comenzó a cambiar. En la piscina, ejecutando la gimnasia acuática de la rehabilitación, los movimientos los realizaba mecánicamente mientras la imaginación iba construyendo un argumento o un diálogo. En las mañanas, la radio fue sustituida por esquemas y anotaciones y en las necesarias visitas al supermercado algún dolor en la pierna quedaba pronto obviado, y siempre olvidaba comprar algún producto necesario por estar pensando en otras cosas. Puedo asegurar ahora, que el esfuerzo de crear un gran número de pequeñas obras no es menor que el de

crear una sola de mayor tamaño pero dosificado de otra manera mucho más adecuada a mis capacidades del momento.

Las diferentes historias que componen los «Relatos para no morir» me fueron acompañando cada mañana. Al principio más cortas y simples, de mayor longitud y complejidad con el paso de las semanas. Las actividades se fueron encadenando unas a otras hasta alcanzar un movimiento continuo; imaginar, pensar, narrar, corregir, editar, repasar, releer, para volver a comenzar: imaginar, pensar, narrar y así sucesivamente llenando el día a día y resolviendo sin saberlo un problema personal de envergadura al tiempo que conseguía crear una obra de gran trabajo. También han servido para reírme y vengarme de tanta frustración incorporando a algunos textos ironía y sentido del humor. Así como para aportar un componente humano a otros.

Un amigo escritor me hizo reparar en la semejanza de mi situación con aquella antigua y universal obra literaria de «Los cuentos de las mil y una noches» en los que Scheherazade para salvar su vida y que el rey Shahariar no la decapitase al amanecer, le entretenía cada noche con un nuevo y apasionante relato. Me dijo también que la actividad de escribir puede llegar a ser sublime, pero hacerlo para mantener la vida, para no morir, lo es en grado sumo.